Isidro Vanegas, *Los socialistas colombianos*. Bogotá: Ediciones Plural, 2024, 211 pp.

Sebastián Hincapié Rojas
Stony Brook University

DOI: https://doi.org/10.17533/udea.trahs.25.4

El socialismo ha vuelto a convertirse en un tema en boga en Estados Unidos y Europa, donde agita movimientos de masas, intelectuales y agendas políticas. Al sur del Río Bravo, sin embargo, el término socialismo sigue teniendo un uso principalmente peyorativo. Se habla de socialismo para referirse a los atropellos que se cometen día a día en países como Cuba, Nicaragua y Venezuela. La historiografía colombiana ha sucumbido, sin proponérselo, a este ambiente político. Mientras desde finales de los años ochenta hasta inicios del nuevo milenio, los movimientos obreros y socialistas suscitaron la reflexión de jóvenes historiadores, muchos de ellos activos militantes de las izquierdas, ahora son pocas las publicaciones sobre esta abigarrada tradición política. El análisis de las protestas y los movimientos sociales sigue siendo un tópico importante en el país, pero el descrédito político del socialismo en la región se ha llevado también consigo la historiografía sobre el tema.

El sociólogo e historiador Isidro Vanegas publica esta vez un libro que retoma algunas de las líneas de investigación que habían quedado abiertas en su importante, y hasta ahora inédita, tesis de pregrado, rompiendo así la sequía bibliográfica en la que había estado el socialismo colombiano.[1] El profesor de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja dedica su estudio a las primeras décadas del siglo XX, un periodo en el que el término socialismo hará sus primeras incursiones en la discusión pública colombiana aunque careciendo de una clara definición doctrinaria. Su interés por esta tradición política, de hecho, no radica exclusivamente en las discusiones intelectuales que condujeron a dilucidar lo que el término debería significar y el impacto práctico que debería tener en el país, sino que se halla en "una urdimbre de activistas que mantuvieron, se apropiaron y difundieron ciertas ideas; que fueron portadores de unos sentimientos particulares, organizaron formas de interacción

1. Dicha sequía, sin embargo, no se debe a la ausencia de publicaciones en revistas y trabajos de grado. Vale la pena mencionar también algunas reediciones como: Gerardo Molina, *Las ideas socialistas en Colombia*, Segunda edición (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2021).

con los sectores sociales que aspiraban a representar y crearon mecanismos de coordinación entre sí y con otros grupos del país y del exterior" (p.19). El hilo que guía esta obra está entonces en la relación de los militantes socialistas con sus ideas y con aquellos a quienes decían representar.

De acuerdo con Vanegas, el socialismo que apareció en los primeros años del siglo XX no fue una versión incompleta e imperfecta del socialismo revolucionario que se hizo hegemónico desde mediados de los años veinte. Por el contrario, este primer socialismo tiene un valor propio que debe ser comprendido a la luz de su dinámica interna, lejos de las interpretaciones evolutivas que han dominado –según el autor– la historiografía del periodo, las cuales han ayudado a promover la idea en torno a que "la verdadera izquierda solo puede ser la que trabaje por la sustitución súbita, radical y violenta del orden social prevaleciente" (p.18). En este punto se revela también el carácter político de la obra y el espíritu de nuestro tiempo en ella, pues contrario al siglo anterior, cuando el carácter revolucionario del socialismo funcionó como un polo de atracción intelectual, aquí el socialismo se lee a través del prisma de la democracia, la paz y la valoración positiva de las instituciones republicanas.

Esta idea resulta transversal al libro y determina incluso la organización de sus capítulos. Su estructura está basada en la distinción de dos socialismos que se suceden de manera cronológica. Por un lado, un socialismo republicano, el cual se analiza en el primer capítulo y que va temporalmente de 1910 a 1924; y, por el otro un socialismo revolucionario, analizado en el tercer capítulo, el cual se extendió por la geografía colombiana después de 1926 y cuyo ciclo terminó alrededor de 1930, aunque sus resonancias continúan hasta el presente. El segundo capítulo, el más corto de los tres, funciona como bisagra, introduciendo el impacto que tuvo la Revolución Rusa en los socialistas colombianos, lo que marcó el declive del socialismo republicano y la creciente influencia de un socialismo atraído por las ideas y estrategias bolcheviques.

El principal aporte de *Los socialistas en Colombia* radica en el esfuerzo interpretativo de Vanegas por rescatar la historia de esos primeros socialistas que optaron por desarrollar su proyecto dentro de las tradiciones y las leyes de la república colombiana. Estos primeros socialistas habrían estado en las antípodas del socialismo revolucionario, tanto en sus medios como en sus fines, de ahí que el autor los llame socialistas republicanos. Así, mientras los republicanos optaron por participar políticamente usando los canales habilitados por las instituciones colombianas para alcanzar mejores cuotas de igualdad, los revolucionarios optaron por vías violentas que tenían como objetivo la transformación radical. Aunque el concepto de republicanismo resulta interesante, su definición es tan vaga como lo fue el término socialismo en aquellos primeros años. Vanegas parece conformarse con una definición minimalista que incorpora la acción política dentro de las instituciones estatales existentes sin profundizar en su hondura filosófica;[2] en tanto que, en términos históricos, el concepto es utilizado para referirse a unos socialistas que pasaron de ser apéndices del Partido Liberal a un movimiento independiente que no renunciaba a los valores

2. Sin duda, el trabajo pionero sobre las conexiones entre ambas tradiciones es el de Antoni Domènech, *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista* (Madrid: Akal, 2019).

políticos que habían enarbolado los liberales radicales desde el siglo XIX.

Tal vez la desavenencia principal entre ambas corrientes se encontraba en la posición a asumir frente al poder político. Mientras los republicanos solían sentirse más conformes con su participación en el mundo laboral, los revolucionarios tenían la voluntad de competir por el acceso al poder político. El triunfo bolchevique catalizó estos desacuerdos y dio forma a la transición que ocurría a mediados de la década del veinte. La disputa por su significado generó un cisma en las filas socialistas: desde 1924 un grupo buscó emular a los soviéticos en la construcción del partido, aunque sin mucho éxito; pero, a finales de 1926, sobrevino la ruptura definitiva con la fundación del Partido Socialista Revolucionario (PSR), el cual "dio títulos de nobleza a la violencia, adaptando su estrategia insurreccional y normalizando una actitud agresiva hacia sus adversarios políticos" (p.123).

Vanegas minimiza la influencia de otros factores en la elección de la estrategia violenta del PSR, como la represión conservadora y la herencia de la tradición liberal radical. Su interpretación da demasiado peso a la asimilación de las ideas bolcheviques, por más precaria que esta fuera, y muy poca a las condiciones sociopolíticas que permearon las ideas del naciente partido. Por momentos, el libro parece un producto tardío de la Guerra Fría, pues Vanegas termina sobrestimando tanto la influencia real como la coherencia doctrinaria de los socialistas revolucionarios, mientras los abstrae de las circunstancias histórico-regionales que acompañaron sus iniciativas revolucionarias. Por ejemplo, en lo que respecta a la fallida insurrección de 1929, el liberalismo radical apenas es mencionado pese a su importancia en departamentos como Tolima y Santander, bastiones históricos del liberalismo con una gran tradición de lucha en las guerras civiles y donde los socialistas establecieron fuertes vínculos con algunos de sus líderes. Asimismo, en contravía de lo que ya han mostrado autores como Renán Vega Cantor,[3] Vanegas exagera la representación del PSR como un grupo de dogmáticos que no pensaban en las condiciones particulares de Colombia, por lo que no queda claro cómo lograron el impacto que él les atribuye.

En reiteradas ocasiones (pp. 18, 21, 163, 211), Vanegas critica los autores que ven el socialismo revolucionario como un socialismo más terminado o completo en comparación con el denominado socialismo republicano; incluso sugiere, con tono burlón, que hay quienes ven en los socialistas revolucionarios de aquel periodo, no una "farsa ridícula" como observaron algunos de sus contemporáneos, sino "gestores audaces y originales, de unos reclamos de justicia y libertad ahogados por la represión estatal y la inercia de las élites" (p.163). Lo que no se incluye, tanto en esos apartados como al final del libro, son las referencias específicas de la historiografía que está criticando. No hay en las notas al pie, pues el libro carece de un apartado bibliográfico, una sola mención a dichas obras, razón por la cual a veces pareciera que el autor lucha contra molinos de viento.

De manera paradójica, el autor termina por reproducir el mismo esquema histórico que critica, pues si unos ven el socialismo republicano como un proyecto

3. Renán Vega Cantor, *Gente muy rebelde. 4. Socialismo, cultura y protesta popular,* 4 vols. (Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico, 2002).

incompleto, Vanegas tiende a ver el socialismo revolucionario como un conjunto imperfecto pero cerrado de ideas intrínsecamente violentas. Al homogenizar la experiencia de este segundo socialismo, el autor construye una teleología en la que el socialismo revolucionario se revela como el germen que convertirá a "la izquierda en general […] en un proyecto semejante al de la metrópoli comunista: totalitario y por ende inhumano" (p. 124). En otras palabras, dicho socialismo representa el pecado original, la génesis de los delirios insurreccionales que habría de acompañar a buena parte de la izquierda colombiana durante la segunda mitad del siglo XX, causando miles de víctimas y prolongando sus resonancias hasta hoy. Tal simplificación es asociada, además, con un concepto cuya utilidad para el análisis histórico ha sido duramente puesta en cuestión en los últimos años.[4]

Finalmente, amerita hacer un comentario sobre las fuentes empleadas. Vanegas basa su argumentación principalmente en prensa producida por las organizaciones socialistas y otros periódicos de circulación nacional como *El Tiempo*. Si bien esta información resulta indispensable para la comprensión del ideario socialista, se echa de menos el uso de fuentes estatales que permitan contrastar la capacidad que tuvieron ambos socialismos tanto para movilizar y generar simpatías entre aquellos a los que buscaba representar, como para crear inquietud en las esferas políticas que intentaba desafiar. Pese a la ausencia de una mayor diversidad en las fuentes, vale la pena destacar que en el libro se incluya una miríada de fotografías que ilustran al lector sobre los símbolos, rostros de líderes y multitudes que acompañaron al movimiento socialista en sus primeras décadas, logrando familiarizarlo con sus principales protagonistas.

Con todo, *Los socialistas en Colombia* resulta un libro importante en tres sentidos. En primer lugar, refresca la discusión historiográfica sobre un tema del que no hay muchas publicaciones recientes; en segundo lugar, nos recuerda que el socialismo es una familia mucho más amplia que no se reduce a los comunismos realmente existentes del siglo XX, sino que en su seno también hubo tensiones entre corrientes a menudo ignoradas; finalmente, y en línea con lo anterior, el libro reconstruye la tradición socialista que consideró la democracia y las instituciones republicanas como parte constitutiva de su proyecto, no como un mero medio del cual puede prescindirse. Resumiendo, su aporte radica más en el valor de su intervención política que en su novedad historiográfica. Aún hay mucho por decir sobre el movimiento socialista, el libro de Vanegas es tanto una invitación a recuperar tradiciones e ideas que hasta hace muy poco considerábamos pérdidas, como una muestra más de que toda historia sigue siendo contemporánea.

4. Michael Geyer and Sheila Fitzpatrick, eds., *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared* (New York: Cambridge University Press, 2008).